



Ponente¹

FRANCISCO MARHUENDA

Director de *La Razón*

En primer lugar, muchísimas gracias. Quería agradecer especialmente al Presidente de mi Asociación –aunque sea el peor de los asociados, el menos activo–, la Asociación Católica de Propagandistas, el papel importante que tuvo su gente en la transición política y en lo que fue la etapa final del franquismo y la modernización de las instituciones de este país, que fueron determinantes para que la Transición tuviera gran éxito. Muchas gracias porque, además, es la oportunidad de entrar en un tema que resulta apasionante, aunque a mí me introduce dudas sobre si hablamos de historia o todavía hablamos de política. Unos grandes historiadores españoles, Luis García de Valdeavellano, maestro, y mi gran y querido amigo Gonzalo Ames, que también fue mi maestro, siempre decía que lo más próximo a la historia es política. Entonces, cuando establecemos, y yo como historiador de las instituciones, me planteo muchas veces, la verdad es que nunca llego a la Transición en mi asignatura. Tengo la suerte de dedicarme a las dos actividades que más me gustan en la vida, que son el periodismo y la docencia, y además hacerlo en aquello que más me gusta, que es la Historia de las Instituciones. Entonces, siempre me planteo dónde acaba la historia y dónde empieza la política.

Es un período realmente apasionante, más en estos momentos donde se cuestiona todo, lo cual muestra un escenario en mi opinión realmente absurdo. Efectivamente, el epitafio, “La concordia fue posible”, refleja muy bien lo que fue ese período tan apasionante de la Transición desde el año 75 al 82. Ahí se refleja también una frase, la transición está llena de frases impresionantes, interesantísimas y de figuras de una gran relevancia. Yo siento que aquí algunos no, porque tienen otras cosas que hacer, por supuesto, algún buen amigo, que fue protagonista importante, como Marcelino Oreja, mi desaparecido director de tesis, Íñigo Cavero, uno de mis mejores amigos, fueron gente que tuvieron un papel muy determinante. En la transformación de lo que era de la proyección exterior española, el papel de Marcelino Oreja

¹ Transcrito por audición.

o de Landelino Lavilla son determinantes en ese momento. Para hablar de lo que es, desde la perspectiva histórica/política la transición política, deberíamos de hacer referencia a cuál era el contexto político, el contexto social, el contexto económico que guía nuestro país.

España había sido en algunos momentos una anomalía durante dos siglos de historia. Pasamos de ser el poderoso Reino de España y de las Indias, o antes la Monarquía Hispánica, a ser un país que estaba otra vez en el extremo del continente europeo. Nos habíamos ido desangrando a lo largo del siglo XIX, a lo largo del siglo XX, y la Revolución Industrial, como saben muy bien, había sido inconclusa. Habíamos sufrido guerras civiles con atrocidades, por cierto, como fue la Primera Guerra Carlista, la Guerra de Independencia... No me voy a alargar, porque podríamos estar hablando horas y, como no es una tertulia, no quiero, pues, aburrirlos en exceso.

Pero sí que es verdad que, en la situación española, el colofón final ya llega en la capacidad de entendernos, que fue con la Segunda República, con todos los matices que se quiera, idealizada. Yo siempre les digo a mis alumnos que no hay que idealizar nada, que los historiadores han de contemplar con asepsia, desde la distancia, lo que es la transformación o no transformación de un país. Y ahí va dada a un escenario que, como conocen bien, es la dictadura franquista, que también va a ser largo el período que dura. Teniendo en cuenta que, en el mismo momento que se produce nuestra Transición, se producen las transiciones de Grecia y de Portugal, esto nos da unos elementos diferentes, muy interesantes y muy importantes que hacen que nuestra Transición sea ejemplar y modélica. Otra cosa que ahora, desde la perspectiva de algunas formaciones políticas –y empezó con el gobierno de Zapatero–, se está cuestionando diciendo que la Transición había sido una democracia de baja intensidad. La ventaja para los que lo que nos dedicamos a estudiar las instituciones es que está el Boletín Oficial del Estado. No hay más que leer el Boletín Oficial del Estado, cosa que tampoco recomiendo, para ver la obra intensa de transformación que vive España de desmontar un régimen, de modernizar ese régimen y de incorporar a España dentro de lo que son los países más avanzados del mundo. Ya lo éramos económicamente, por cierto.

España vive, que es otro elemento característico que explica el éxito de la Transición, el progreso que significa en el año 50 ser un país en vías de desarrollo y en el año 70 ser una de las doce economías más importantes del mundo. Eso es un dato objetivo. No se trata de política, eso es estadística económica e importante. Y la transformación que vive nuestra sociedad en todos los terrenos, la propia evolución de la Iglesia, que deja de ser una Iglesia que no está unida al régimen, como todos ustedes saben, después del Concilio

Vaticano II, el pontificado de Pablo VI... Es decir: hay una transformación de la sociedad española que se vive con gran profundidad en la universidad.

Muchos de ustedes conocen, recuerdan esa época, lo que se vivió. Hay una serie de elementos que ahora, desde la perspectiva histórica, nos permiten entender la Transición y que, en aquel momento, nos producían una serie de incertidumbres a todos. Yo tenía, cuando muere Franco, 14 años, y recuerdo perfectamente la situación que se vivía, el escenario político, lo que pensaban mis padres, los amigos de mis padres y, aunque yo era un renacuajo, el propio colegio, los más mayores. Todo ese escenario estaba lleno de enormes incertidumbres. El régimen franquista procedió de una guerra civil donde se habían cometido atrocidades en los dos bandos. No es por ser equidistante: es un dato histórico, pero también tiene un elemento, y la depuración que se produce. Viendo el Boletín Oficial del Estado de los primeros años de la dictadura franquista, es espectacular. La depuración es de una intensidad realmente asombrosa.

Luego, el régimen tiene una serie de avatares y de tensiones internas que van a hacer que haya una generación de figuras reformistas, altos funcionarios. Marcelino Oreja es un ejemplo de ellos; Otero Novas, etc. Diplomáticos, abogados del Estado, técnicos comerciales que están por lo que es la reforma, la transformación del régimen. Por tanto, el régimen franquista también deja en la memoria colectiva una idea de temor, de preocupación ante lo que puede significar un nuevo enfrentamiento, una nueva guerra civil. El otro día estaba con un catedrático, un historiador estadounidense que había ocupado cargos políticos importantes, y me recordaba y decía: "fíjate, es que en aquel momento, cuando empieza la Transición Española, había periodistas en Washington y en Nueva York que estaban pensando que iban a ser Ernest Hemingway, relatando una nueva guerra civil en España. Es decir, esa era un poco la idea que había, el desconocimiento que existía sobre lo que podría ser una transformación política en España". La vieja idea de reforma o ruptura: nadie sabía muy bien realmente, en contra de lo que algunos creían, cuál era el auténtico poder de cada uno de los que luego serían los protagonistas de esa transición.

El contexto europeo sigue siendo un contexto de guerra fría, una situación de bloques donde existe un Partido Comunista que ha evolucionado al eurocomunismo, como sus socios italianos, lo cual también es importante. Han pasado muchos años desde aquel Partido Comunista, desgraciadamente, protagonista de algunos de los mayores horrores de la historia de España. Tenemos una Comunidad Económica Europea que es el sueño ya de los empresarios españoles y los dirigentes políticos. Aunque es verdad que el tra-

tado que tenemos de colaboración es muy bueno, es mucho mejor formar parte del club europeo, ahora que organizaciones como las [ininteligible] mi buen amigo Eduardo Escartín, y compañero en Barcelona, que sufre en Barcelona lo que son esas cosas que se llaman las [ininteligible], que nos quieren sacar los catalanes de Europa. Y luego citaba antes un elemento muy importante: el proceso de transición que se vive en el Mediterráneo. Es verdad que el Mediterráneo fue el eje principal de nuestra historia hasta que llega el descubrimiento de las Indias y se produce ese cambio de eje. Los países del Mediterráneo nos habíamos convertido, en parte, en los hermanos pobres, y seguimos siéndolo un poco a veces desde la perspectiva del Norte. En el Norte eran todas democracias, y en cambio las anomalías eran Portugal, España y Grecia. La realidad española del año 75 es muy importante para entender la transición.

Yo comprendo que a la gente más joven, que está acostumbrada a la confortabilidad de una sociedad que nos lo ofrece todo, donde no se habla de deberes sino solamente de derechos, les puede parecer que hay que tener una mentalidad revolucionaria. Ya saben ustedes que los revolucionarios siempre acostumbran a ser gente de familias muy acomodadas. No me quiero ir a los decembristas rusos, todos ellos aristócratas miembros de las élites dirigentes, príncipes y condes, pero podemos ir a la Revolución Rusa, aunque luego al final acabaron ganando; los que no provenían de esas élites dirigentes, como Stalin. Pero los que lo iniciaron, por supuesto, eran miembros de la alta burguesía o de la aristocracia que tienen que transformar la sociedad pensando que el pueblo merece ser educado, porque no son gente bien orientada.

Por tanto, España había sufrido unos cambios muy profundos: la universidad, la disidencia eclesiástica era enormemente profunda, la figura del cardenal Enrique Tarancón –iba a decir Enrique Tierno Galván, qué horror–, las protestas y la represión de la última etapa... Horror, digo, porque por la confusión, no por otra cosa. El papel de la prensa... Aunque es verdad que la famosa Ley de Prensa de Manuel Fraga es incompleta, es insuficiente, sí que va a permitir una paradoja en el régimen y es que tú puedes criticar a alcaldes y a procuradores. No al régimen, no cuestionar el régimen, pero sí que es verdad que la libertad se va abriendo paso. Se va abriendo paso, por una parte, aunque parezca una paradoja, el turismo, la llegada masiva de turistas, la llegada de los españoles, lo que es la inmigración, el ver que hay una Europa distinta. Eso plantea una cuestión siempre interesante para los historiadores, el papel del dictador. ¿El dictador se imaginaba que iba a evolucionar o no? El rey eso lo ha medio contestado diciendo que Franco era inteligente, aunque guste o no guste, y él veía que había otra Europa. Es decir, que había tres

Europas: la Europa del comunismo, Albania en [ininteligible], la Alemania del Este, etc., con toda la miseria y pobreza que había; la Europa Occidental formada por las dictaduras de Grecia, como citaba antes, España y Portugal; y la Europa de las democracias. Entonces ahí hay una evolución lógica del régimen.

Eso lo podemos decir ahora: un crecimiento de la conflictividad social. Los últimos años de franquismo ya muestran el agotamiento. En aquel momento no se percibía. Se pensaba que los bastiones del régimen eran sólidos e inamovibles, se creía que, efectivamente, aquello no iba a cambiar, que el ejército era un bloque compacto, y lo que podemos ver, estudiando lo que pasa incluso con la frialdad del Boletín Oficial del Estado, es lo que es el desorden, el caos que es el año 75-76 a la hora de abordar determinadas cuestiones. Se aprobó una norma, luego se aprueba una siguiente que modifica la anterior, etc. porque no se sabe muy bien.

La llegada de la Transición es otra cosa que también está muy clara, no obedece a un plan: obedece a una voluntad, a un deseo clarísimo de que hay que ir hacia allí de Su Majestad el Rey don Juan Carlos con una serie de protagonistas que elige él. A veces –ahora que también está muy bien criticar a don Juan Carlos, pues parece que está de moda, o poner en cuestión determinadas cosas– hay que poner en valor lo que son los protagonistas auténticos importantes de la Transición, que son: primero, el rey; desde luego, Adolfo Suárez, aquel chico menospreciado al que ahora, afortunadamente ya desde hace unos años, se reconoció su papel histórico innegable y la importancia que tiene Suárez; los hombres de la UCD, los hombres del centro; Santiago Carrillo... Hay que decirlo con claridad, por supuesto. Torcuato Fernández Miranda es importante, aunque menos de lo que él pretendía y de lo que él hubiera querido, pero la vida a veces a cada cual nos sitúa en el papel que corresponde. Él es una figura muy importante, y luego una serie de personas que tienen ese protagonismo, lo han tenido [ininteligible] en todo lo que es el primer gobierno democrático plenamente, no el de Arias Navarro, por supuesto, de lo que es de transformación jurídica.

Por tanto, hay una serie de rasgos de la Transición fascinantes que, insisto, los que cuestionan ese proceso o hablan de democracia de baja calidad es porque desconocen lo que fue la realidad. Primero, que se realizó desde el propio régimen dictatorial –es algo que se ha estudiado con mucha profundidad y que se ha dicho muchísimas veces–. Cualquier jurista, y en esta sala habrá un montón, sabe perfectamente que una ley transforma otra ley. Otra cosa es que sea más o menos complejo, pero el propio desarrollo, el propio Franco se lo dijo al rey; le dijo: “Alteza, desde el poder se puede transformar

todo”, con un tono un poco cínico, lo cual demostraba la convicción que tenía él sobre la continuidad del propio régimen, pues toda esa arquitectura constitucional del régimen, como decía, fue saltando.

La propia situación de la UCD sin mayoría absoluta. Es curioso: cuando uno plantea ese escenario se da cuenta que el que UCD no tuviera mayoría absoluta, aunque sí una mayoría potente, permitió esos consensos, los consensos constitucionales de que tanto hemos hablado y que tan importantes fueron para poder sacar una Constitución de la que ahora también se habla de su reforma. [ininteligible] me concrete en qué. Estoy un poco animado porque ayer estaba después de clase hablando con un Catedrático Constitucional, que lo fue de esta casa por cierto, buen amigo, y me ha dicho que va a hacer un gran seminario. Digo: “Hombre, por fin voy a enterarme en qué queréis reformar o en qué se pretende reformar la Constitución, más allá de algunas cosas de maquillaje que se pueden resolver fácilmente”.

Fue un modelo de éxito la Transición, no tengamos ninguna duda, y yo creo que hay que reivindicarlo y en las aulas hay que explicarlo a los alumnos para que tengamos claro que, por primera vez en la historia de España, no hacíamos una transición matándonos los unos a otros o de forma revolucionaria.

La llegada del Sexenio Revolucionario fue una revolución, la caída de la reina Isabel fue una revolución que cambió. Una transformación. La caída de la Primera República [ininteligible], período breve del [ininteligible] como Presidente también fue un golpe de estado. Es decir que, en este caso, fue resultado de una transformación sin que tuviéramos modelos próximos en el tiempo, que es muy importante, porque en el caso de Alemania o Italia, por ejemplo, Japón fue fruto de una derrota militar y la obligación, la imposición de un modelo democrático y de unas reformas constitucionales. La ley fundamental de Bonn es una ley impuesta, por supuesto, por los que han ganado la guerra. La constitución imperial japonesa también.

Por tanto, es un modelo de éxito que fue protagonizado, principalmente, por los grupos de centroderecha. Quiero reivindicar ahí, si me permiten, algo que es un dato objetivo: quién tiene el protagonismo. Ya sé que a la izquierda luego lo ha intentado –y algún historiador de izquierdas lo ha intentado– cambiar, pero el protagonismo fue de los grupos de centroderecha, sin menospreciar a nadie, al igual que en el 82 el protagonismo pasa a ser del Partido Socialista y hace cosas buenas y malas. Pero fue realmente de los grupos de centroderecha y eso impidió que hubiera una fórmula revolucionaria, como pasó, efectivamente, en Portugal.

El consenso. El consenso fue resultado del convencimiento que tenían todos ellos. Yo he tenido la oportunidad, citaba antes a Íñigo Cavero, [ininteligible] montones de horas. Íñigo fue Secretario General de UCD, tres veces ministro, aparte de una persona buenísima. Y con Íñigo hablamos de eso, del consenso. Había una voluntad de la gente que había participado en el régimen. Gente como Íñigo, que había sido opositora al régimen, gente que había estado en el exilio... es decir, había de todo y todo mundo sabía que era necesario llegar a un consenso. Cuando a veces he hablado de la reforma constitucional, ¿cómo vas a reformar una Constitución sin consenso? Eso es lo que se hacía en el siglo XIX: llegaba cada uno con una Constitución bajo el brazo y decía: "ahora llegan los moderados, ahora llegan los progresistas", o la Constitución del año 31, tan mitificada.

Pues es la imposición de una parte de la sociedad española sobre la otra. Una Constitución que, como saben muy bien, iba acompañada de la Ley de Defensa de la República, para poder aplicar estados de excepción, controlar a la oposición... todo eso son anomalías. Necesitamos el consenso, necesitamos el diálogo y llegar a acuerdos. Por lo tanto, decía antes que la guerra civil fue un elemento fundamental de recuerdo colectivo de todo el mundo. En mi caso, lo he contado alguna vez, mi padre adoraba la historia, y de lo único que no había casi libros, por no decir ninguno, era de la guerra civil. Era un tema proscrito, no se podía hablar de la guerra civil. Había vivido en Barcelona y lo había pasado muy mal, algunos de ustedes lo habrá vivido en su casa, que han comentado lo que fue, le habrán dicho lo duro que fue aquello. Fue una transición completa, sin incertidumbres en el camino, como pasó con la Rusia de Gorbachov, el tránsito de ese momento. Fue sin dejar enclaves autoritarios, como en el Chile de Pinochet. Aquí se hizo una transición completa. Se evolucionó de un régimen dictatorial a un régimen democrático pleno, sin ninguna limitación, sin ninguna atadura, y se hizo desde dentro, y se hizo además bien no sólo el tema jurídico, sino que no fue por medio de una comisión regia que hubiera impuesto el modelo, es decir: "este es el texto". No, no. Se hizo con una ley para la reforma política que fue para disolver el antiguo sistema y con unas elecciones democráticas donde participó el Partido Comunista, como no podía ser menos.

Ahora nos parece raro [ininteligible] cómo no va a participar. En aquel momento había incluso dentro del propio Gobierno. Por eso Adolfo Suárez lo hace en solitario, lo decide él ese famoso Sábado Santo, el "Sábado Rojo", y decide que no hay más remedio. Había habido, como saben ustedes, desgraciadamente, la matanza de los abogados de Atocha, y hubiera sido uno de aquellos errores que se dicen históricos si no se hubiera incorporado al Par-

tido Comunista, primero porque la democracia permite ver el peso que tiene cada uno, las encuestas nos deforman, por cierto. Ahora que vivimos instalados en el tiovivo de las reformas, las montañas rusas [ininteligible] de las encuestas. Pero lo que nos permiten las elecciones es ver el peso que tiene cada uno. Y los que creían que el Partido Comunista podía ser el [ininteligible] italiano, vieron que no. Pues bien, como dirían mis hijas, sin más, [ininteligible] esto qué opinas, [ininteligible] sin más, papá, no muy importante. Relevante políticamente pero, insisto, sin más. Miguel Roca dijo sobre la Constitución: “desde el consenso, sino también para el consenso”, y es una buena definición. Es decir, el consenso era un elemento fundamental, era elemento clave para que la Constitución, como así ha sido, permitiera gobernar a UCD, al PSOE, al Partido Popular, al PSOE, al Partido Popular, y mañana veremos. Es decir: tiene la suficiente amplitud, que es lo que tiene que tener una Constitución, para que permita que los gobiernos se sucedan sin que existan tensiones, sin que existan complicaciones. A Felipe González nunca le he oído decir que tuviera ningún problema con nuestro ordenamiento constitucional para gobernar y aplicar su programa. Puedo no estar de acuerdo, eso es otra cuestión, pero como todos somos demócratas, lo sabemos así. Luego no había un plan detallado, se ha buscado [ininteligible] quedaría muy bonito. Saben ustedes que nos encantan las conspiraciones, las estrategias, los planes... No había un plan detallado más allá de una voluntad clara del rey, que era necesario, y de la sociedad española, por supuesto, de evolucionar. Había ideas claras como mantener temporalmente al presidente nombrado por Franco, Arias Navarro. No había más remedio. Que los cambios fueran el resultado de la legitimidad de las urnas era muy importante que se pasara por las urnas, y un acuerdo político tras la consulta al pueblo para lograr la paz social a cambio de satisfacer reivindicaciones sociales, los pactos de la Moncloa. Por tanto, se hicieron.

Luego hay cosas que se improvisaron, muchísimas. Se improvisó la Generalitat de Cataluña. No se quiso, lógicamente en aquel momento era muy complicado, eso me lo contaba Rafa Arias Salgado hablando de este tema, el tema de la UMD, enormemente complicado en aquel momento.

Para ir concluyendo, que si no me alargo mucho, la Corona jugó un papel decisivo, eso está clarísimo. La monarquía no legitimó la Transición sino que, al revés, la democracia legitimó la monarquía. Hemos de pensar que era un monarca que había llegado en el año 48, don Juan Carlos, que lo había pasado muy mal. Un hombre solo. Yo se lo he preguntado alguna vez, [ininteligible] como siempre dice que puedo utilizar lo que hemos hablado, yo lo hago encantado. Siempre le decía: “señor, usted dice: ‘yo siempre era un

hombre sólo, una persona que me tuve que defender el honor de mi madre en la academia militar a puñetazos”... unas cosas gravísimas, ya se pueden imaginar ustedes qué frase exactamente le llamaron para que el rey acabara con un puñetazo en la ceja. Sin dinero; él no tenía dinero. Estaba en una situación en la que el marqués de Mondéjar le pagaba los trajes. Yo no lo sabía, hasta que, hace unos años, se lo pregunté: “¿y este traje?”. Dice: “no, pues se lo he pagado yo, señor”. Sí, esa era la situación, con una hostilidad manifiesta de la jerarquía del régimen que, como saben, tenía una sensibilidad de algunas cosas claramente antimonárquica, de izquierdas, anticapitalista, antibanquero, es decir, todas esas cosas tópicas de lo que era el falangismo en los años 30 que, como toda ideología política, puede tener cosas que sean positivas.

El hecho es que la situación del rey era muy, muy incómoda y que yo le pregunto [ininteligible]: “señor, ¿cuándo usted supo que iba a ser sucesor?”. Y me dijo [ininteligible]: “mira, yo me di cuenta en el momento en que, al llegar del viaje de bodas, Franco me dijo: ‘vaya usted a vivir al palacio de la Zarzuela’”. Dice: “eso ya está claro”. En ese momento él tuvo clarísimo que ya era sucesor, que iba a ser el sucesor. Luego, con todo sacrificio, pues que no le dejaran llamarse Príncipe de Asturias, que era su título realmente, sino Príncipe de España, etc., cosas que ustedes ya supieran, y la incómoda situación que tenía don Juan Carlos, por supuesto, con el tema de su padre. Pero la situación, por tanto, en noviembre del 75, en que se convierte en rey de España, es complicada e incómoda, como decía antes. Tiene la fuerza de lo que es la legislación del movimiento; todo lo que son las leyes del movimiento le dan un poder enorme, y eso es lo que va a ser fundamental para que él, en el momento que [ininteligible] pueda ampararle en esa transición. Es muy importante la figura del monarca en todos los terrenos. Ahí se ha jugueteadado un poco, si el piloto, el motor del cambio, porque nos gusta a todos poner frases, es decir, tener títulos, pero lo que está claro, que si hay que hacer un *ranking* de la persona más importante de la [ininteligible] el rey; luego Adolfo Suárez, y así podemos ir siguiendo, y que cada uno de ustedes vaya cubriendo como quiera. Por tanto, el rey va a tener ese papel determinante en ese período inicial que es el primer período soportando el tema de Arias Navarro, que [ininteligible] una persona muy querida por el mundo franquista, pues se convierte en más franquista que Franco una vez muerto. Todos ustedes recordarán muchos de sus discursos donde cada vez era más franquista y, además, ponía al rey en una situación imposible. Ahí el rey acierta poniendo a Torcuato Fernández Miranda –un gran jurista, Catedrático, como saben ustedes, de Derecho Político en la Universidad Complutense, Vicepresiden-

te del Gobierno en la época de Franco, una figura muy importante jurídica y políticamente, pero que no podía ser Presidente del Gobierno-. Era muy importante que el primer gobierno de la democracia, que es el gobierno de Adolfo Suárez, no tuviera un tinte franquista, aunque sea una paradoja que el Presidente del Gobierno fuera el Secretario General del Movimiento. Es un elemento, pero era un tipo simpático, caía bien y eso también ayudó. Había derrotado, como recordarán ustedes, en las elecciones a procurador a Cortes, nada más y nada menos que al yerno de Franco. Por tanto, era una persona simpática, querida, que parecía que no era...

Él nunca pretendió tener una gran formación. Era Doctor en Derecho pero no tenía... Pero sí que tenía inteligencia política, simpatía, bondad humana. Un hombre muy bueno, yo tuve la oportunidad de conocerlo poquito, pero algo. En esta sala seguro que hay gente que lo conoció mucho más. Y desde el día que lo conocí siempre [ininteligible] es un hombre bueno. Él siempre decía, y lo llegó a decir, que creía que no había dejado ni había hecho daño a nadie conscientemente, y es muy bueno no haber hecho daño a nadie conscientemente. Inconscientemente puedes hacer, pero eso es diferente.

Por tanto, para ir concluyendo, la Transición es una historia de éxito, yo creo que todos tenemos que intentar trasladarlo. Sigue teniendo un componente demasiado político, incluso para los historiadores, en la medida en que sigue estando muy próxima y que, en este país nos gusta cuestionarlo a todo, incluso lo que sale bien -y es un grave error-. Fue una etapa donde los gobiernos se tuvieron que enfrentar a una situación de crisis económica muy grave porque en el año 73 empieza la crisis. Como ustedes saben, las crisis llegan en España siempre un poquito más tarde, es una cosa bastante peculiar -habrá algún economista en esta sala y espero que no me lo desmienta-. Luego se hace en un escenario de incremento del terrorismo.

Hoy es un día triste por lo que ha pasado en París. Ese auténtico horror, el terrorismo, lo que quiere es siempre destruir la democracia. Nos pasó aquí en España: el terrorismo quería destruir la democracia. Cuando ya había amnistía, cuando había libertad, cuando había democracia, cuando se estaba elaborando una Constitución es los terroristas se dedicaron a matar a más gente. Es un dato estadístico sobrecogedor. Yo recuerdo, cuando hacía la tesis doctoral, me tocó mirar todas las actas de las Cortes y veías: "un minuto de silencio por el asesinato de tal", cuando se discutían cosas importantes. Incluso hay atentados que siempre tienes la sospecha que estaban muy bien orientados.

El ejército realmente no era lo que pensábamos. El ejército ya estaba en el camino de la democracia, si no el 23 de febrero hubiera sido un éxito

esplendoroso y ahí el ejército se puso a las órdenes de Su Majestad, esa es la realidad, hubo, pues, el general [ininteligible], el incidente de Sevilla, así, con esa oscuridad que, bueno, ahí está lo de Tejero, todo ese caos, que yo siempre pregunto: ¿cuántos golpes de Estado había a la vez?, y para que todos fracasaran. Pero el ejército demostró que es un ejército con voluntad claramente democrática y que no entraba en política, y la incorporación—gran acierto de Calvo Sotelo, un presidente no demasiado bien tratado, pero con buena voluntad y buenas ideas— a la OTAN fue ya determinante para la modernización del ejército. Una de las cosas que uno ve cuando está estudiando ese período, mirando los boletines oficiales del Estado, es la voluntad reformista. La época de UCD es uno de los períodos... Ya sé que el PSOE, tengo algún amigo mío al que siempre le digo: “oye, que los españoles, antes que llegarais vosotros, no íbamos en taparrabos”; es decir, yo he podido estudiar en una universidad pública sin ningún problema. Lo digo porque parece que no había seguridad social, no había sanidad pública, no había educación pública... y les puedo asegurar que el Boletín Oficial del Estado demuestra que, efectivamente, todo eso existía. Hombre, no con la misma intensidad, ya que en una sociedad que evoluciona todo va mejorando y cada año hemos intentado mejorar un poco.

Lo que sí que [ininteligible] para acabar es que en la época, esa gente de UCD, aquellos que Fernández Ordóñez, que luego, por cierto, se incorporó como ministro [ininteligible] de los penenes, ninguno era penene, también es otra cosa bastante divertida [ininteligible], penenes no, pues mi amigo Íñigo era profesor titular, otros eran catedráticos, otros eran diplomáticos, que no es ser penene, por cierto, o economistas del Estado, o Catedráticos de Economía, o teniente general, que tampoco es ser penene. Pero bueno, quedó esa frase desafortunada: “el gobierno de los penenes”. O cuando Ricardo de la Cierva dijo: “¡Qué gran error!”, en aquel artículo famoso. Pues esos gobiernos de la UCD iniciaron lo que es uno de los mayores procesos de transformación de la sociedad española y reformistas más importantes de nuestra historia. Y por eso merecen, y para mí lo merecen, un profundo y enorme respeto y admiración, y que nadie permita que digan que la Transición fue una democracia de baja intensidad.

Muchas gracias y perdón por haberme alargado mucho.